

cuya desaparición me la reveló el
llanto desesperado del recién nacido,
que fué quien me despertó.....
¿Qué pasó?..... No lo supe entonces
y no he querido saberlo después. En aquellos
días yo estaba embrutecido por el dolor
de tanta desgracia, a lo que se agregaba
la extrema pobreza en que vivíamos.

Los muertos evocan a los muertos,
y los tuyos, hermano querido, reavivan
el recuerdo de los míos - Los veo a todos
juntos - Quisiera estar con ^{ellos}, y no
me atrevo a ir - Tengo miedo! Mucho
miedo!! Sabe Dios hasta cuándo no
iré! Me acordaba la idea de encontrarme
con Anita - Prefiero no verlo en mucho tiem-
po, pero ella sabe bien que estoy muy cerca
de ella - A ella y a Behrens dile, en nombre
mío todo cuanto tu adviertes que pasa dentro
de mí - Meira llora con Germán y yo contigo.
Solamente los afuera sabemos cómo se quiere
a los muertos - Como pones chivo en la mesa!

Buenos Aires 26 Julio 1920

Querido hermano:-

Qué horror!.....

Habia quedado tan
hondamente impresionado con tu
tarjeta postal del viernes, recibida
el sábado por la tarde, que no me
atreve a preguntar nada sobre lo
que ocurría en tu casa, dejando que
el tiempo confirmase la probabili-
dad de una reacción favorable en el
estado de la enfermita, que, según
me lo decías, era posible se produjera.

Y en esa ansiosa incertidumbre he
parado para mí el día de ayer y el

de hoy, hasta esta tarde, en que no
le fué ya posible a Alvia disimular
la emoción que la embargaba, porque
ella sabía la noticia y que la ocultaba
porque me veía muy preocupado por
la gravedad de la querida como que
tan intensamente sabía hacerse querer.

Y ahora, al saber la horrible
realidad, he quedado anonadado. Po-
bres padres, que se encuentran en la
misma situación muerta de hace
cuarente años! Cuatro hijos tenemos
entonces, y en muy breves días perdemos,
dos de ellos, las dos mucheritas.....
Tú sabes cómo quedamos Alvia y yo.
Ella, la pobre madre, entorpecida, porque
no otra cosa que un rasgo de locura

repentino fué aquella mañana de
la quinta a seis, en una madrugada,
para dejar comandos a casa de sus
padres donde creía ella a Esther to-
rre enferma. Había apenas doce
días que había dado a luz a Oscarito.
Y sin que nadie la sintiera en casa,
entós y fué derecho al cuarto en
que suponía estaría el hijo, y encon-
tró la cama vacía.....

Cayo fulminada! Pobre
santa madre! ¿Qué extraña intuición
le sugirió la sospecha, en aquella
madrugada, de que en hijo había muerto?
Lo mismo no puedo rehacer la historia
de aquella mañana trágica en que
andaba yo comiendo por los caminos,
a medio vestir, en busca de Alvia,